

LAS LENGUAS INDIAS EN
LA CONQUISTA ESPIRITUAL*Técnicas misioneras en el campo*

CONQUISTADORES Y COLONIZADORES desatendieron la política de la Corona, que consistía en difundir el castellano entre los indígenas de la Nueva España; los primeros frailes opusieron una resistencia activa. El entrenamiento religioso reformado de Cisneros había preparado a las órdenes mendicantes para su labor misionera en la Nueva España, y los primeros representantes de las órdenes vinieron a evangelizar, no a hispanizar. Estrictamente disciplinados y fuertemente imbuidos por el sentimiento de su misión evangelizante, aquellos hombres tenían un modo de convertir a los paganos que no era ningún disparate. Armados con su entrenamiento humanístico en cuanto al lenguaje, estaban preparados para aprender a hablar los idiomas indios y escribir gramáticas para ellos. Los frailes consideraron que el método más efectivo y eficaz para penetrar entre los indios consistía en aprender a comunicarse con ellos en los idiomas indígenas. Su meta fue convertir a los indios en buenos católicos, y si había un idioma no indio que podía representar alguna utilidad tal idioma era el latín, no el español. Enseñaron y predicaron en idiomas vernáculos; emplearon el latín para las oraciones, la observancia de los sacramentos y las recitaciones de memoria.

El uso que hicieron de los idiomas vernáculos no fue solamente cuestión de convicción sino de necesidad. Los primeros frailes no contaban con traductores que ayudaran a difundir la fe cristiana. Al conquistador mismo no le sobraban traductores en los primeros años de la colonia. En 1524, cuando el primer grupo importante de frailes

arribó a la Nueva España, había por lo menos 2 000 españoles trabajando en la persecución de sus intereses personales en el centro de México, o avanzando hacia nuevas conquistas secundarias.¹ Los pocos intérpretes de que se disponía por entonces, sólo cinco años después de la llegada de Cortés, eran indispensables a los soldados y autoridades civiles.² Obligados, por lo tanto, a entrar en relación con los indios sin ayuda de traductores, los primeros frailes comenzaron a estudiar el lenguaje de sus feligreses casi de inmediato. Por otra parte, la dedicación a su misión evangélica les exigía que hicieran todo lo posible para garantizar que la conversión de los indios fuera genuina y duradera. El conocimiento de los idiomas indios constituía, pues, un instrumento espiritual de importancia crítica. Los misioneros sentían que deberían comunicarse directamente con los naturales para asegurarse, no sólo de que éstos hubieran entendido las cosas de la Fe, sino de que no estuvieran proyectando maldades entre ellos. El retorno en secreto a las viejas creencias, prácticas paganas, idolatrías y supersticiones era muy común. A los frailes les resultó más simple introducir los conocimientos fundamentales del cristianismo que destruir las religiones vernáculas, pues las masas indias no veían razón alguna para que la divinidad española no pudiera coexistir con los dioses que ellos tenían. Tristemente conscientes de la facilidad que tenían los indios para cometer herejías, los misioneros se sentían obligados a aprender las lenguas indias con el fin de mantener el contacto con todo lo que estaba pasando en la vida de sus conversos.³ Para aquellos primeros religiosos, resultaba desconcertante e irritante pensar en el gran contraste existente entre la tarea heroica que la Corona había trazado para ellos y los la-

¹ Cuevas, *Historia*, I, 183.

² No existen pruebas de que Cortés haya tomado en cuenta que los frailes necesitaran traductores. En su correspondencia con Carlos V, no habla para nada de proporcionar intérpretes, en cambio ofrecía laicos para manejar asuntos financieros tales como la recaudación y distribución de diezmos. "Cuarta relación, 15 de octubre de 1524", Cortés, p. 170.

³ Mendieta, p. 219. Para un relato de la lucha de la Iglesia contra las herejías entre los indios, véase Robert C. Padden, *The Hummingbird and the Hawk: Conquest and Sovereignty in the Valley of Mexico 1503-1541* (Nueva York, 1967), capítulo 13.

mentables logros posibles si faltaba el conocimiento de las lenguas indias. Pretendían cumplir el propósito reconocido de la conquista del Nuevo Mundo: establecer la fe católica y salvar las almas de los indios. Para hacerlo, debían demostrar a aquellos paganos que el cristianismo tenía algo más que decir de lo que se podía conseguir mediante señas, símbolos y narraciones teatrales de las escrituras.

Fray Pedro de Gante, hermano lego de la orden franciscana que llegó en 1523, fue el primer fraile que aprendió el idioma de los indios. Casi inmediatamente se percató de que la tarea de convertir a la Nueva España no podría lograrse mientras los misioneros no aprendieran los idiomas vernáculos.⁴ Fue a Texcoco, centro intelectual del Imperio azteca, donde vivió como invitado en casa de Ixtlilxóchitl, el historiador, y se estableció a la vez como testigo y estudiante de aquella sociedad extraña y distinta. El lenguaje presenta grandes dificultades; con gran asombro suyo, comprobó que los indios no "escribían", pues no tenían caracteres ni letras para representar lo que pronunciaban. Observó, escuchó y escribió las palabras nahuas que pudo entender, transcribiéndolas en alfabeto romano. Empleó sus observaciones de los métodos de educación indios para proyectar su Escuela de San Francisco, una escuela primaria establecida cerca del convento. Los nobles de Texcoco habían educado a sus hijos en una "escuela" llamada Calmecac, que estaba dirigida por sacerdotes. Los primeros franciscanos establecieron su escuela al lado del convento de Texcoco e inscribieron a los hijos de la aristocracia indígena. Los estudiantes dormían en la escuela donde les enseñaban a leer, escribir, cantar y materias de la fe que pudieran ser explicadas mediante signos.⁵

⁴ "Carta de Fr. Pedro de Gante al Rey D. Felipe II, 1558", *Códice franciscano*, Tomo II de *Nueva colección de documentos para la historia de México*, recop. Joaquín García Icazbalceta (5 tomos; México, 1941), p. 204.

⁵ El mejor estudio de la obra de Fray Pedro de Gante en México, y especialmente de su interés por el lenguaje en la conversión de los nativos, es el de Tomás Zepeda Rincón, *La instrucción pública en la Nueva España en el siglo XVI* (México, 1933), pp. 10 ff; Ignacio Márquez Rodiles, "Nota bibliográfica", *Cartilla para enseñar a leer*, de Fray Pedro de Gante (facsimile reproducido del ejemplar de la Huntington Library, impreso por Pedro Ocharte, Ciudad de México, 1569; México, 1959), pp. 9-14.

Doce frailes franciscanos más llegaron un año después que Pedro de Gante, y entre ellos se encontraban Fray Martín de Valencia, Fray Toribio de Benavente (Motolinía) y Fray Luis de Fuensalida, quienes se distinguieron más adelante como maestros de los indios. Aquellos hombres no se satisfacían con el lenguaje de los signos practicado en la Escuela de San Francisco. Los primeros esfuerzos para enseñar las oraciones y los elementos esenciales de la fe en latín fueron decepcionantes, y el lenguaje de los signos, en verdad, no se prestaba a mucho más que a enseñar la existencia de un solo Dios.⁶ Los frailes buscaron otro método, y la historia del modo en que resolvieron los problemas prefigura las técnicas de campo de los antropólogos y lingüistas modernos. Emplearon como informadores a sus alumnos, los hijos de los jefes indígenas, y los frailes se convirtieron en "hijos de los hijos".⁷ Escuchaban, recordaban y escribían lo que habían oído. Por la noche, una vez que sus pupilos estaban dormidos en el dormitorio contiguo, los franciscanos se reunían, comparaban sus apuntes y trataban de resolver los misterios de aquel lenguaje que no decía hoy lo mismo que ayer.⁸ Progresivamente, cuando los estudiantes de más edad comprobaron las luchas serias y empeñadas de los frailes para aprender náhuatl, les sirvieron mejor como informadores, haciendo preguntas y corrigiendo los apuntes tomados sobre la marcha.

Otra ayuda fue proporcionada a aquellos primeros franciscanos de Texcoco por un traductor. Cortés no había ofrecido ninguno, pero los frailes no veían razón alguna por la cual no se les permitiera tener un intérprete si encontraran a la persona indicada para el trabajo. Se enteraron de que una viuda española tenía dos hijos que habían aprendido el náhuatl con sus compañeros de juego indios. Cortés aprobó que pidieran a la viuda uno de sus hijos, y el niño vino al convento de Texcoco para servir de "Samuel en el templo"⁹ en su versión del siglo xvi. Fue el primero en poder explicar los misterios de la fe cristiana a los indios, en su propia lengua, traducir para los

⁶ Mendieta, p. 218.

⁷ *Ibid.*, p. 219.

⁸ *Ibid.*, p. 220.

⁹ *Idem.*

frailes y enseñarles el náhuatl. Trabajando a la vez en el monasterio y fuera de él, aquel joven fue maestro de indios y frailes.

El niño (que más adelante entró en las órdenes como Fray Alonso de Molina) fue el primer intérprete español, y sin duda el último, que tuvieron los primeros misioneros en su trabajo; desde aquel momento, los frailes emplearon estudiantes indios como predicadores, o aprendieron ellos mismos las lenguas indias. Aun cuando algunos de los Doce Frailes sabían hablar náhuatl y le comprendían bastante bien al cabo de diez meses de estudios lingüísticos en Texcoco, tenían predicar en náhuatl antes de estar bien seguros de sus conocimientos del lenguaje. Mientras tanto, solicitaban ayuda de los informantes que habían reclutado recientemente y que se mostraban dispuestos a colaborar; los jóvenes estudiantes indios predicaban en sesiones de prácticas delante de los frailes, antes de que se les permitiera presentarse ante otros indios de todo el centro de México.¹⁰

Al ir aprendiendo el náhuatl, los primeros franciscanos se percataron de lo valiosos que podrían ser sus conocimientos para otros religiosos que llegaran a la Nueva España. Escribieron libros que eran puramente de utilidad práctica: gramáticas y vocabularios para el estudio del idioma, y catecismos y traducciones de las escrituras para enseñar y predicar la fe. En los cuarenta y siete años que transcurrieron desde su llegada hasta 1570, los franciscanos redactaron más de ochenta libros de ese tipo. Más o menos la cuarta parte habían sido escritos por Pedro de Gante, los doce frailes y Fray Alonso de Molina.¹¹ Las órdenes religiosas que llegaron a la Nueva España después de los franciscanos, adoptaron los métodos de éstos para convertir a los indios. El deber, tal como ellos lo concebían, no consistía en hispanizar a los indios sino en convertirlos al cristianis-

¹⁰ *Ibid.*, pp. 223-26.

¹¹ Estas recopilaciones fueron sacadas de la célebre bibliografía de García Icazbalceta y del apéndice de Ricard que enumera todos los vocabularios, doctrinas y confesionarios escritos por los religiosos en misión entre 1524 y 1572. Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Catálogo razonado de libros impresos en México de 1539 a 1600, con biografías de autores y otras ilustraciones*, recop. Agustín Millares Carlo (México, 1954); Ricard, "Native Language Works", pp. 406-14.

mo; y eso era lo que tenían intenciones de hacer del modo más eficaz que pudieran.

Sus primeros éxitos en el dominio de los lenguajes vernáculos convencieron a los frailes de que no debían obedecer a la orden de la Corona que les imponía la enseñanza del español a los indios. En 1550, cuando resultó evidente que Carlos V pretendía llevar adelante su plan de que los frailes incluyeran la castellanización en su programa de educación cristiana, algunos de los frailes resistieron con vehemencia y propusieron que fuera el náhuatl, y no el castellano, el idioma oficial de los indios. Como respuesta a una directiva regia que instaba a los franciscanos a que enseñaran el español, Fray Rodrigo de la Cruz calificó la tarea de imposible, condenada al fracaso y, además, inútil. En una carta escrita en mayo de 1550, el fraile defendía su posición ante el Rey:

V.M. ha mandado que estos indios deprendan la lengua de Castilla. Jamás la sabrán sino fuere cual o cual mal sabida, porque vemos que un portugués, que casi la lengua de Castilla y de Portugal es toda una, está en Castilla 30 años y nunca la sabe ¿pues cómo la han de saber éstos que su lengua es tan peregrina a la nuestra y tienen maneras de hablar exquisitas? A mí parece que V.M. debe mandar que todos deprendan la lengua mexicana, porque ya no hay pueblo que no hay muchos indios que no la sepan y la deprendan sin ningún trabajo, sino de uso y muy muchos se confiesan en ella.¹²

Semejante prueba de parte del que se expresaba en nombre de los frailes franciscanos fue uno de los factores que incitaron al rey a promulgar un edicto que resumía la forma en que la Corona contemplaba la situación lingüística en el Nuevo Mundo. Incierto al parecer respecto a lo difundida que estuviera esa idea de promover el náhuatl entre frailes de otras órdenes, Carlos V expresó claramente su oposición a la continuación o expansión de cualquier política en favor de un idioma indígena en su decreto de 1550 dirigido a todos los frailes.

¹² Cuevas. *Documentos*, p. 159.

A diferencia de los misioneros, que contemplaban las condiciones prácticas inmediatas, la Corona tomaba en cuenta las implicaciones de largo alcance que representaba una política del lenguaje. Después de examinar con sus consejeros la cuestión de si aun "el más perfecto lenguaje de los indios" sería adecuado para usarse en la explicación de las escrituras, Carlos V comunicó su decisión. Reconocía que, indudablemente, los frailes habían enseñado acertadamente los elementos de la fe católica en náhuatl, pero les recordaba que se enfrentarían a graves dificultades al tratar de interpretar los misterios más profundos de la fe católica en náhuatl o cualquier otro idioma indio. Por lo tanto, para el bien del cristianismo en el Nuevo Mundo, era necesario proyectar inmediatamente un programa para difundir la enseñanza del español. El primer paso para el planeamiento oficial del lenguaje —el establecimiento de escuelas en que los frailes enseñaran el castellano y el cristianismo a la aristocracia indígena— no era suficiente. Ahora tenía que haber escuelas y maestros a la disposición de todos los indios que desearan aprender el idioma castellano. Los jóvenes que hubieran aprendido de los frailes una nueva lengua y una nueva fe, deberían servir como sacristanes, y la misma enseñanza que habían recibido deberían impartirla a los demás. Sólo así, difundiendo el número de hispanohablantes, podría esperar la Corona reducir la barrera que constituía la diversidad de lenguajes para la instrucción religiosa de los indios.¹³ Carlos V había emprendido la campaña contra la resistencia de los frailes; también quiso penetrar detrás de las líneas y pedir que sus opositores se rindieran antes de la batalla.

Tal vez pensó el Rey que los franciscanos estaban demasiado atrincherados en sus posiciones para poderlos conmovier, por lo que se volvió hacia los agustinos y los dominicos tratando de convencerlos. El 7 de junio de 1550 escribió cartas a sus provinciales y expuso cuidadosamente las razones que tenía para pedir a los frailes que se encargaran de aquel "asunto muy importante y esencial". Les recordó que, como ellos, él deseaba ante todo la conversión de los indios al cristianismo y que, después de detenidas consideraciones, había lle-

¹³ *Recopilación de leyes*, II, 193 (Lib. VI, tit. I, ley 18), junio 7 y julio 17, 1550.

gado a la conclusión de que los indios deberían aprender español para estar asegurados en la fe cristiana y adoptar "nuestra urbanidad y buenas costumbres". Los frailes, en virtud del amor y el afecto que inspiraban a los indios, estaban seguros de lograr de cualquiera de los modos posibles a su elección, enseñar el idioma castellano. Carlos sugería que algunos miembros de las congregaciones tomaran a su cargo la enseñanza del lenguaje, adiestrando ayudantes y ocupando horas diarias en su tarea, durante las cuales pudieran ir los indios a aprender castellano. Aseguraba a los frailes que emplearía al virrey en el programa, y podían estar seguros de que éste prestaría su colaboración.¹⁴

Aquel mismo día escribió Carlos al virrey, informándole de sus órdenes terminantes y pidiendo que los misioneros fueran aguijoneados para llevar a cabo aquel nuevo programa con vistas a la difusión del castellano en la Nueva España. El virrey debería pagar sueldos a todo el personal que contrataran los frailes; además, debería establecer escuelas en que los frailes pudieran enseñar a maestros indios y jóvenes nativos.¹⁵ Si estos niños pudieran aprender el castellano y el cristianismo desde temprana edad, se encontrarían firmemente atrincherados tanto en su nuevo idioma como en su nueva religión. Convencido de que este programa, que iniciaría en los indios más jóvenes el aprendizaje del español, no sólo aseguraría la conversión de los indios sino que además impediría que se volvieran atrás, hacia sus antiguas creencias, el rey no puso en duda que su virrey respaldaría el programa.

Pero el idealismo y perspectiva de largo alcance del Rey pesaban muy poco en comparación con las realidades de las operaciones cotidianas en la Nueva España. No existe prueba de que los funcionarios administrativos hayan visto mérito alguno en los edictos de 1550 sobre el planeamiento lingüístico. En 1558, el virrey Luis de Velasco escribió a Felipe II, sucesor de Carlos V, presentándole sus

¹⁴ La carta a los agustinos está incluida en Puga, II, 87-88; la carta dominicana en *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, recop. Genaro García y Carlos Pereyra (36 tomos; México, 1905-11), XV, 106-08.

¹⁵ Diego de Encinas, *Cedulario indiano* (4 tomos; Madrid, 1946), IV, 339.

planes para la unificación de los indios en lo lingüístico y lo social. Un colegio de Guadalajara sería el centro de la enseñanza del náhuatl para los jóvenes indios de diversas regiones; aquellos indios regresarían después a sus hogares y difundirían la lengua estándar entre sus tribus.¹⁶ Aquellos naguatlatos servirían igualmente como intérpretes y escribanos, cosa que tan desesperadamente necesitaban los administradores y el clero seglar, no tan inclinados a aprender los idiomas vernáculos como el clero regular. Los regulares eran frailes y miembros de una orden religiosa; muchos de ellos llegaban a la Nueva España recién salidos de su entrenamiento en las lenguas humanísticas y el programa de reformas inspirado por Isabel y Cisneros. Los seglares eran sacerdotes y prelados que no pertenecían a las órdenes religiosas, sino a la jerarquía episcopal tradicional. Como no eran aficionados al estudio de las lenguas indias ni a la vida en remotas aldeas indias, oficiaron para los españoles en los centros más grandes de población que había en la Nueva España, y abandonaron la conversión de los naturales a manos de los regulares.¹⁷

De ahí que los regulares extendieron sus misiones a través de los múltiples linderos lingüísticos de la Nueva España, y los primeros frailes se dedicaron a aprender todos los idiomas dentro de los límites geográficos de aquellas misiones. Al intentar particularizar las técnicas de la conversión en sus territorios extensos y a menudo compuestos de distintos idiomas, aquellos primeros misioneros se im-

¹⁶ Archivo General de Indias (Sevilla), *Audiencia de México* 58-3-8, citado por Ricard, p. 50, n. 50.

¹⁷ Para un estudio más profundo de las distinciones entre regulares y seglares, véase Gibson, *Spain*, pp. 77-81; Ricard, pp. 243-63. Cortés brindó una valoración contemporánea de lo adecuado de ambos grupos religiosos para el servicio en el Nuevo Mundo. En su cuarta relación a Carlos V en 1524, Cortés se mostraba fuertemente inclinado a los regulares, grupo al que consideraba el más adecuado para el rigor del ejemplo religioso. Los obispos y demás miembros del clero seglar derrocharían los diezmos con vicios y boato innecesario, establecerían malos ejemplos para los indígenas y contribuirían más a apartarlos del cristianismo que a convertirlos. Cortés observaba que se había exigido de sacerdotes indios que vivieran vidas honestas y castas, y cualquier infracción era causa de muerte inmediata. Si las masas indias pudieran contemplar la conducta del clero seglar, los indígenas no sentirían más que desprecio por la fe cristiana. Cortés, pp. 170-71.

pusieron una tarea imposible. A falta de un estudio completo que pudiera haberles proporcionado un mapa exacto de la distribución de tribus y lenguas indias, las congregaciones habían dividido la Nueva España en esferas de influencia que con frecuencia cortaban unidades lingüísticas y tribales. La primera distribución geográfica, realizada al azar, que hicieron los frailes, significaba que cada una de las órdenes necesitaba disponer de frailes que conocieran varios idiomas. Los franciscanos, que habían sido los primeros en aprender náhuatl y en adiestrar a los miembros de esa orden, consolidaron sus esfuerzos en Puebla y la región que rodeaba la Ciudad de México. Sin embargo, a medida que los misioneros franciscanos se alejaban de esas zonas después de 1540, fueron necesitando conocimientos semejantes de otros idiomas. Al este se encontraron con el otomí, en el oeste con el matlazinca y el tarasco. Los que hablaban el tarasco pertenecían al Imperio tarasco, que se había mantenido independiente de los aztecas y que no hablaba náhuatl. Al sur de la ciudad de México, la orden de los dominicos estableció misiones en lo que constituye hoy los estados de Morelos y Puebla, y en el valle de Oaxaca y el Istmo de Tehuantepec. Esta dispersión puso a los frailes dominicos en contacto con personas de lengua mixteca, zapoteca y chontal. Los agustinos siguieron hacia el sur, entre las misiones dominicanas de Morelos y Puebla, hacia el norte dentro de lo que hoy es el estado de Hidalgo, y hacia el este por Michoacán. Los agustinos habían llegado en 1533 a la Nueva España, después de que los franciscanos y dominicos hubieron escogido las zonas más deseables en cuanto a su situación, ya fuera por la proximidad de la ciudad de México o por su clima y sus promesas agrícolas. Por lo tanto, los agustinos se repartieron por regiones en que debían aprender más y más lenguajes que, por otra parte, tenían fama de ser más difíciles que los hablados en el centro de México. Además del otomí, el huasteco y el totonaca de las misiones orientales, del tarasco y matlazinca en Michoacán, los agustinos encontraron a medida que avanzaban hacia el límite oriental de lo que es hoy el estado de Guerrero, pueblos que hablaban tlapaneco y ocuilteco.¹⁸

¹⁸ Este resumen de la extensión lingüística y geográfica de los misioneros del siglo XVI pertenecientes a las tres órdenes se basa en una comparación en-

Son especialmente notables los individuos de cada orden que, en su celo primero por la propagación del cristianismo, aprendieron más de una lengua india. La duración incierta de la estancia de un fraile dentro de una misión en particular, y la diversidad de los dialectos dentro de los territorios de cada una de las órdenes, incitaron a algunos frailes concienzudos a convertirse en políglotas. Algunos historiadores del siglo XVI escribieron acerca de frailes que predicaban hasta en diez idiomas.¹⁹ Aun cuando este número es probablemente una exageración inspirada por el deseo que tenía Mendieta de impresionar al Rey y sus consejeros con la diversidad lingüística de la Nueva España, varias fuentes de confianza confirman que un asombroso número de aquellos primeros misioneros aprendieron dos o tres idiomas vernáculos.²⁰ Ya sea debido a la extensión de su territorio, o al establecimiento de sus misiones en regiones que no habían formado parte del imperio azteca, cada orden necesitaba cierto tipo especial de políglotas. Los dominicos estaban a cargo de los mixtecas y zapotecas, dos grandes grupos indios que se habían mantenido en gran parte independientes de los aztecas y que, por lo tanto, no hablaban el náhuatl como idioma auxiliar. El territorio de los agustinos comprendía establecimientos indios demasiado alejados del centro azteca, para que la extensión imperial del lenguaje mexicano pudiera haber influido en ellos. Los franciscanos, cuyo número era mayor que el de las demás órdenes, no sólo abarcaban territorios am-

tre "Sketch Map of the Mendicant Establishments about 1570" de Ricard y el mapa de la distribución prehispánica de los idiomas indios en México, preparado por Miguel O. de Mendizábal y Wigberto Jiménez Moreno. Ricard, pp. 62-63; Mendizábal y Jiménez Moreno en *Razas y Lenguas*, por Vivó.

¹⁹ Mendieta, p. 249.

²⁰ Joaquín García Icazbalceta, *Códice Mendicant*, tomo IV de *Nueva colección de documentos para la historia de México* (5 tomos; México, 1892), pp. 72-73; García Icazbalceta, *Bibliografía*. Un estudio de los escritos enumerados en esta bibliografía sostiene la conclusión de que varios frailes conocían dos o tres lenguas indígenas lo suficientemente bien como para escribir gramáticas, vocabularios o sermones en esas lenguas. Un estudio de alguno de esos frailes se encuentra en *Historia de la fundación y discurso de la provincia, de Santiago de México, de la orden de predicadores por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, de Agustín Dávila Padilla (Bruselas, 1625; originalmente publicado en 1596), pp. 649-54.

pliamente repartidos sino que también establecieron misiones dentro del imperio independiente de los tarascos y entre los indios otomíes. Estos últimos habían formado parte del imperio azteca, pero se mantuvieron resueltamente independientes de la tiranía lingüística de los nahuatlacos.²¹

Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones y del adiestramiento lingüístico intensivo, a medida que extendían el alcance de sus misiones comprendieron los frailes que el gran número de idiomas indios esparcidos por toda la Nueva España representaban una tarea impropia, que ni siquiera ellos podrían llevar a buen término. En 1574 los seglares, con ayuda de los naguatlatos adiestrados por los regulares y que habían quedado como sacristanes, empezaron a encargarse de misiones establecidas en el centro de México y los regulares se alejaron hacia las regiones desconocidas. A medida que la insistencia se desviaba de la conversión de los indios hacia el mantenimiento de la sociedad española en el centro populoso de la colonia, los seglares podían reemplazar a los regulares.²² Franciscanos, agustinos y dominicos abandonaron casi todas las plazas fuertes de su influencia anterior y establecieron nuevas misiones al sur y el norte del corazón del valle central. Cada una de esas órdenes tenía miembros que habían aprendido el náhuatl en las zonas centrales de la colonia. Por lo tanto, a medida que los frailes extendían el campo de su misión, el náhuatl fue con ellos. Los frailes descubrieron que los indios eran estudiantes aventajados que aprendían fácilmente

²¹ Un breve estudio de la persistencia del idioma otomí se encuentra en "Sociolinguistics in Relation to Mezquital transition Education", *Estudios antropológicos publicados en homenaje al doctor Manuel Gamio*, de Ethel E. Wallis (México, 1956), pp. 527-28.

²² La Corona, descontenta por las luchas intestinas entre órdenes mendicantes y el establecimiento de centros de poder local que controlaban a grandes grupos de indígenas, después de 1574, comenzó abiertamente a favorecer al clero secolar para mantener a la sociedad cristiana establecida. El virrey y la audiencia también se mostraban favorables al establecimiento de misiones permanentes entre las tribus "bárbaras" que interferían con las operaciones mineras en el norte. Para estudios de la transición en las actividades de la conversión desde el centro de México hasta las fronteras, véase *Spain* de Gibson, pp. 77-81.

a hablar, leer y escribir lo que los misioneros estaban decididos a establecer como la lingua franca de todos los indios de la Nueva España.

El náhuatl, idioma universal de los indios

Al enfrentarse a la abundancia de idiomas que encontraron más allá del valle central de México, los regulares insistieron en que se redujera el número de lenguajes hablados en la Nueva España. Razonaban así: si proseguían el programa, iniciado por los aztecas, de difundir el náhuatl, el uso de las demás lenguas indias decaería. Ya en 1550, fray Rodrigo de la Cruz había escrito desde la misión de Nueva Galicia, en Ahuacatlán, situada al norte de México, que no parecía haber más solución a los problemas planteados por la abundancia de lenguas indias, que la difusión del náhuatl por los frailes. No cabía duda de que los indios aprendían el náhuatl con mucha mayor facilidad de lo que pudieran aprender el castellano.²³ Otros frailes de Nueva Galicia emprendieron la enseñanza del náhuatl entre sus diferentes grupos indios, y ya en 1569 los franciscanos de aquella región no se excusaban de que sus miembros hubieran llevado a cabo aquella práctica.

Han trabajado por la mucha diversidad de lenguas que hay en esta tierra, de enseñar una lengua, que es la mexicana y más general, para que en ella entiendan la doctrina cristiana, y en ella se confiesan en general...²⁴

Casi todas las misiones de Nueva Galicia informaban tener miembros que predicaban y escuchaban las confesiones en náhuatl. Los maestros indios ayudaban a los regulares en sus sesiones diarias para enseñar a leer, escribir y la doctrina cristiana en latín y náhuatl. Los niños aprendían a cantar en náhuatl y conseguían atraer a los

²³ Cuevas, *Documentos*, p. 159.

²⁴ "Relación que los Franciscanos de Guadalajara dieron de los conventos que tenía su orden", *Códice Franciscano*, p. 153.

AGI/10005
C15/10005

adultos a las actividades de la capilla.²⁵ En obras teatrales religiosas adaptadas por los misioneros, para incorporar ciertas características de los festivales indígenas, los indios decían sus papeles en náhuatl.²⁶

El comisario general de los franciscanos, fray Alonso Ponce, que visitó Nueva Galicia en 1584, se asombró ante el éxito que había tenido el programa de los frailes para la difusión del náhuatl. En su informe oficial, describía la extensión de la lengua mexicana como “cosa grande”.

Esta lengua mexicana corre por toda la nueva España, que el que la sabe puede irse desde los zacatecas y desde mucho más adelante hasta el cabo de Nicaragua, que son más de seiscientas lenguas y en todas ellas hallar quien le entienda, porque no hay pueblo ninguno, al menos en el camino real y pasajero, donde no haya indio mexicano o quien sepa aquella lengua, que por cierto es cosa grande.²⁷

Los primeros misioneros de las zonas fronterizas habían aprovechado la norma tan acertada iniciada por los aztecas, y habían extendido el náhuatl inclusive fuera de los límites de aquel antiguo Imperio.

Nueva Galicia no era la única sección de la colonia en que los eclesiásticos favorecieran la expansión del náhuatl a expensas de las demás lenguas indias. En el valle de Oaxaca, los preladados que se enfrentaron a gran diversidad de lenguajes entre los indios, consideraron que la enseñanza del náhuatl a todos los indígenas era una medida práctica tendiente a salvar a la vez sus almas y su mantenimiento. Los pueblitos pequeños y extremadamente pobres de Oaxaca no podían mantener a la vez a un fraile y sus ayudantes indígenas entrenados en dos o tres lenguajes. Un tal “doctor Muñón”, que ha-

²⁵ *Ibid.*, pp. 152-53. Un asiento característico del informe reza: “Izaulán, convento; hay un sacerdote confesor de españoles; y un confesor y predicador de indios; tiene a su cargo 1500 indios, poco más o menos”, p. 152.

²⁶ Joaquín García Icazbalceta, “Representaciones religiosas de México en el siglo XVI”, en *Opúsculos varios* (2 tomos; México, 1896), II, 311-12.

²⁷ Informe del Comisario General Fray Alonso Ponce, citado por Cuevas, *Historia*, I, 36.

bla de parte de los líderes religiosos de la provincia de Oaxaca, escribía al rey en 1570 insistiendo en que el número de lenguas de aquella región se redujera del único modo posible: enseñando a hablar náhuatl a todos los indios de la zona.²⁸

En un esfuerzo por convencer a la Corona de que su plan para extender el náhuatl como lengua auxiliar oficial de todos los indios era factible, los frailes apreciaban continuamente sus posibilidades para constituir una lengua general. Hablaban de su autoridad, su diversidad estilística y su expresividad. Tanto en la comunidad artística de Texcoco como en los establecimientos dispersos de varias provincias, el náhuatl era un lenguaje capaz de manifestar con precisión su contenido, así como de expresar poéticamente, esto último mediante metáforas elaboradas.²⁹ Aun cuando los frailes admitían con facilidad que el náhuatl y también los demás lenguajes indios resultaban “tan raros” comparados con el latín y el castellano de la gramática de Nebrija, seguían considerando que la lengua mexicana era perfectamente aceptable como medio de expresión. El náhuatl no era menos elegante y agradable que el latín, y los indios tenían variaciones estilísticas elaboradas en su modo de expresión.³⁰ Indudablemente, durante la segunda mitad del siglo XVI, el idioma mexicano había perdido probablemente la norma, más elocuente aún, que tenía que haber logrado durante el período cumbre del Imperio azteca. Mendieta teorizaba respecto al estado anterior del idioma:

Pienso que más artizada en composición y derivación de vocablos, y en metáforas, cuya inteligencia y uso se ha perdido,

²⁸ La recomendación del “Doctor Muñón” se resume en un decreto promulgado el 26 de julio de 1570 por Felipe II: *Cédulas Reales*, tomo 47. Archivo general de la Nación, México.

²⁹ Dávila Padilla, p. 31; Boturini Benaduci, p. 96.

³⁰ Cuevas, *Historia*, I, 46; “Carta de Fray Rodrigo de la Cruz al emperador Carlos V”, Cuevas, *Documentos*, p. 159. Un erudito del siglo XVIII, que estudió extensivamente los códices del náhuatl antiguo, consideraba que disponía de pruebas que respaldaban su declaración de que el náhuatl “superaba” al latín en expresión poética y en la interpretación de conceptos abstractos. Lorenzo Boturini Benaduci, *Catálogo del Museo histórico indiano* (Madrid 1746), p. 95.

y aun el común hablar se va de cada día más corrompiendo. Y de nuestro modo de hablar toman los mismos indios, y olvidan el que usaron sus padres y abuelos.³¹

La caída del Imperio azteca dio fin a las fuerzas políticas y religiosas que habían inspirado las oraciones públicas e inflamado los espíritus de historiadores y poetas de Texcoco. Sin embargo, después de la pérdida de los notables que habían promovido la función y pulido la forma de su estándar literario, el náhuatl seguía siendo funcional en el dominio de la comunicación cotidiana de las masas indias.

Para confundir a quienes señalaban la carencia de un sistema de escritura convencional entre los aztecas, los frailes nunca cesaron de referirse a la asombrosa facilidad que revelaban los indios en el aprendizaje de la escritura alfabética. Mendieta escribió acerca de su entusiasmo así como de su talento para escribir. Los indios aprendían muy rápidamente a transcribir su lengua en letras romanas, las cuales, para fascinación suya, representaban el hablar real en vez de una simple idea, como sus ideografías y pictografías.³²

En 1570 ya tenían los frailes ganado el pleito. Felipe II declaró que el náhuatl sería el idioma oficial de los indios de la Nueva España. No cabe duda que el más persuasivo de todos los temas que corrían a través de la correspondencia que llegaba hasta él, relacionada con la situación lingüística de la Nueva España, ha sido el es-

³¹ Mendieta, p. 552.

³² *Ibid.*, p. 411; Toribio de Benavente (Motolinía), *Historia de los Indios de la Nueva España*, Tomo I de *Colección de documentos para la historia de México*, recop. Joaquín García Icazbalceta (México, 1827), pp. 209-10. Fray Bernardino de Sahagún, el más famoso etnógrafo de los indios del siglo XVI, escribió esta descripción del método que tenían para registrar la historia: "Estas gentes no tenían letras ni caracteres algunos, ni sabían leer, ni escribir, comunicábanse por imágenes y pinturas, y todas las antiguallas suyas y libros que tenían de ellas, estaban pintados con figuras e imágenes de tal manera, que sabían y tenían memoria de las cosas que sus antepasados habían hecho y dejado en sus anales, por más de mil años, antes que viniesen los españoles a esta tierra". *Historia general de las cosas de Nueva España*, recop. Carlos María de Bustamante (3 tomos; México, 1830; edición original, 1566-1569), III, 80-81.

tribillo de que la extensión del idioma mexicano era un accesorio necesario al establecimiento de la fe cristiana entre los indios. Felipe II, vivamente sensible a lo que consideraba su deber para con Dios, reconoció que la diversidad de los idiomas en la Nueva España constituía una amenaza para el esfuerzo misionero y el establecimiento de su soberanía sobre una base firmemente católica en la colonia. En una cédula real promulgada en julio de 1570, el Rey explicaba al virrey y demás funcionarios civiles de la ciudad de México, la difícil decisión que tuvo que tomar al declarar el náhuatl lengua oficial de los indios.³³ Sólo su férreo sentido de misión cristiana lo incitó a revocar no sólo la ordenanza de su padre fechada en 1550, de que todos los indios aprendieran el castellano, sino su propio edicto exigiendo en 1565 que los misioneros aprendieran el lenguaje de cada grupo de indios a su cargo.³⁴ Ahora se veía obligado a admitir el fracaso de aquellos dos decretos anteriores. Los frailes y funcionarios locales lo habían convencido de que, a pesar de los valerosos esfuerzos de los frailes que habían estudiado varios lenguajes indios para poder officiar directamente ante los indígenas, nunca podría haber un número suficiente de misioneros políglotas para asegurar la "conquista espiritual" de la Nueva España. El hecho mismo de que algunos pueblos pequeños del valle de Oaxaca fueran poblados por indios de dos o tres distintos grupos idiomáticos, era suficiente prueba de que su decreto de 1565 no se basaba en un análisis realista de la extremada diversidad lingüística de la Nueva España. Por lo tanto, en interés de la conversión de los indios, el rey se sentía obligado a ordenar que los jefes laicos y religiosos tomaran las medidas necesarias para reducir el número de lenguajes de la colonia. Decretaba: "para que los dichos indios aprendiesen todos una misma lengua y que ésta fuese la mexicana que se podría aprender con más facilidad por ser lengua general".³⁵

³³ *Cédulas Reales*, Tomo 47. Archivo General de la Nación, México.

³⁴ El decreto de 1550 se encuentra en *Recopilación de leyes*, II, 193 (Lib. VI, tít. I, ley 18). La ordenanza de Felipe II en 1565 está en García y Pezreya, XV, 163-65.

³⁵ *Cédulas Reales*, Tomo 47. Archivo General de la Nación, México.

Queriendo asegurarse de que nadie pusiera en duda el cambio en la política y, podemos suponer, tal vez intentando reducir el impacto psicológico que representaba el alterar la política de su padre y la suya propia, Felipe actuó con rapidez para fortalecer su ordenanza de 1570. Un mandato tras otro abarcó las ramificaciones de la ordenanza de 1570 y demostró claramente que el Rey estaba decidido a hacer todo lo que estuviera en sus manos para que aquel decreto no careciera de respaldo real. Decretó que todos los seglares y regulares nombrados para los oficios eclesiásticos deberían ser hijos de españoles, hombres de buen ejemplo dedicados a la conversión de los indios, y estudiantes del idioma mexicano.³⁶ Ningún clérigo que no supiera náhuatl sería autorizado a encargarse de misiones ni parroquias.³⁷ Los preladados encargados de cada diócesis deberían comprobar el conocimiento que todos los clérigos tuvieran del náhuatl, antes de permitirles salir en misión.³⁸ Para asegurar el respaldo institucional a la enseñanza del náhuatl entre los clérigos de la Nueva España, Felipe II ordenó que la Universidad de México estableciera una cátedra de náhuatl. Decidido a que ningún funcionario universitario se quejara de escasez de fondos para el proyecto, Felipe sugirió varios medios para obtener ingresos que permitieran sostener los cursos de idioma, pero también anunció que, en el caso de que fracasaran aquellos métodos, los fondos necesarios habrían de ser tomados del tesoro real.³⁹ Todos los clérigos debían presentar a sus superiores el certificado de egresados del curso universitario de náhuatl, antes de que les fuera asignada una misión o parroquia; y además debían llevar consigo aquel certificado en todo momento, para evitar ser nuevamente examinados por los funcionarios eclesiásticos viajeros.⁴⁰ En sus abundantes decretos promulgados entre 1570 y 1592, Felipe dio gran importancia al náhuatl como instrumento de conversión en la Nueva España.

³⁶ Cédula de 1574, *Recopilación de leyes*, I, 44-45 (Lib. I, tít. VI, ley 29).

³⁷ Cédula de 1578, *ibid.*, I, 45 (Lib. I, tít. VI, ley 30).

³⁸ Cédula de 1580, *ibid.*, I, 132 (Lib. I, tít. XV, ley 6).

³⁹ Cédula de 1580, *ibid.*, I, 204 (Lib. I, tít. XXII, ley 46).

⁴⁰ Cédula de 1580, *ibid.*, I, 206 (Lib. I, tít. XXII, ley 56).

La alfabetización de los indios

Los primeros frailes habían convencido a la Corona de lo práctico que resultaría enseñar el cristianismo a los indios en los idiomas indios. El poder real respaldó esa técnica para la instrucción religiosa mediante mandatos promulgados durante los últimos 25 años del siglo XVI. Pero los misioneros llevaron su entusiasmo por la enseñanza en idiomas vernáculos hasta las escuelas, y enseñaron a los niños indios a leer y escribir sus propios idiomas en caracteres romanos. Ya en 1535 Carlos V había encomendado a los religiosos de la Nueva España la responsabilidad de alfabetizar a los indios, pero la Corona no había previsto lo que implicarían los métodos educativos de los frailes para el estudio del lenguaje en la Nueva España. En su celo por asegurar una rápida conversión de los indios, la Corona no había tomado en cuenta los efectos duraderos que sobre los indios más jóvenes habría de tener el hecho de que fueran alfabetizados en sus propias lenguas. El éxito de los idiomas indios, sobre todo el náhuatl, en la conquista espiritual eliminó a las masas indias del aprendizaje del idioma castellano, resultado que la Corona no contempló con agrado en su política de largo alcance respecto al idioma de la Nueva España. Carlos V había ordenado a los frailes que enseñaran a los indios a hablar, leer y escribir castellano. Su hijo Felipe II había comenzado por ordenar a los frailes que aprendieran los idiomas vernáculos de todos los indios a su cargo, pero cuando esta medida se reveló prácticamente imposible, ordenó que todos los indios y todos los eclesiásticos que oficiaran entre los indios aprendieran el náhuatl, para establecer este idioma como su lengua universal. Ninguna de las múltiples congregaciones que recibieron el mandato indicaron que estaban alfabetizando a los indios en sus idiomas nativos. Pero los frailes tenían gran necesidad de ayudantes que supieran leer y escribir, y por lo tanto enseñaron a sus mejores estudiantes a leer y escribir no sólo el náhuatl sino también el latín. Aquellos estudiantes resultaron tan aventajados en latín, que los jefes eclesiásticos reclamaron muy pronto escuelas secundarias o colegios en que unos pocos jóvenes indios pudieran proseguir sus estudios de latín y demás materias tradicionales.

Fray Pedro de Gante fundó uno de esos colegios en la ciudad de México, en 1529; los agustinos siguieron con otro colegio en 1537.⁴¹ Los obispos apoyaron la enseñanza del latín e instaron a la Corona a que suministrara respaldo monetario con el fin de poder proporcionar mayor número de instructores capaces de enseñar latín a los indios en su propio idioma.⁴² El más productivo de todos los colegios era Santa Cruz de Tlatelolco, abierto desde 1536 con el apoyo del primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, y el primer virrey, Antonio de Mendoza. Inicialmente, casi ochenta niños indios de las principales aldeas asistían al colegio para estudiar con distinguidos mexicanos tales como Sahagún, que conocía bien los lenguajes y la cultura de los aztecas.⁴³ Los frailes enseñaban latín a los muchachos, a partir del náhuatl; su propósito era bien claro:

con intento de que estos indios, sabiendo latinidad y entendiendo los misterios de la Sagrada Escritura, se arraigasen en la fe más de veras y confirmasen en ella a los otros que no sabían tanto, y ayudasen a los Religiosos que no entendían bien la lengua, interpretando al pueblo en ella lo que les dijese.⁴⁴

Los jefes eclesiásticos razonaban así: que aquellos jóvenes eruditos que sabían náhuatl y latín podrían incrementar grandemente la eficacia de los muchos frailes de la Nueva España que no podían enseñar ni predicar puesto que ignoraban el náhuatl. Si se enseñaba a los indios a comprender la gramática latina, los frailes que no hablaban náhuatl podrían leer a los estudiantes libros en latín, especialmente la Biblia y demás obras religiosas. Así, una vez que los indios supieran latín, podrían acudir directamente a las escrituras,

⁴¹ Zepeda Rincón, pp. 15-18; Cuevas, *Documentos*, pp. 86-88.

⁴² Extracto de una carta del obispo de Santo Domingo, Sebastián Ramírez de Fuenleal a Carlos V en 1533, en *Historia*, de Cuevas, 386. Fray Juan de Zumárraga escribió a Carlos V en 1536 respecto al gran deseo que tenía de establecer un colegio para que los jóvenes indios aprendieran latín: Joaquín García Icazbalceta, *Biografía de D. Fr. Juan de Zumárraga, Primer Obispo y Arzobispo de Méjico*, ed. M. Aguilar, Madrid, 1929, pp. 260-62.

⁴³ Zepeda Rincón, pp. 31-33; *Códice Franciscano*, p. 62; Sahagún, III, 75; Mendieta, p. 415.

⁴⁴ *Códice Franciscano*, p. 62.

ya fuera leyendo para sí o escuchando cuando les leyeran la Biblia. También podrían predicar bajo la vigilancia de los frailes, traducir las escrituras al náhuatl y ayudar a los frailes a traducir las interpretaciones de las escrituras para sus propios sermones pronunciados en náhuatl. De ahí que el enseñar latín a unos cuantos electos, ayudara a los frailes a difundir el náhuatl como lengua básica de la campaña de conversión.

Por lo tanto, los que aprendían latín trabajaban mejor como ayudantes en las misiones. Otros, que aprendieron castellano, pasaron al servicio de los distintos niveles del gobierno de la Nueva España. Como lo dijo un informante franciscano de entonces: "han sido hábiles para encomendárseles los oficios de jueces y gobernadores y otros cargos de la república. . ."⁴⁵ Aun cuando el español no era ciertamente una materia importante en ninguno de los colegios, muchos estudiantes aprendían la lengua castellana en el curso de la vida cotidiana de las escuelas, y eventualmente por medio de instrucción oficial. Los franciscanos ansiaban especialmente que algunos jóvenes estudiantes aprendieran el español con el fin de que pudieran traducir obras españolas al náhuatl y, de ese modo, proporcionaran material de lectura a los niños muy pequeños que estaban aprendiendo a leer náhuatl en las escuelas aldeanas establecidas al lado de los conventos.⁴⁶ En 1544 el obispo Zumárraga juzgó que el programa de alfabetización de las escuelas primarias había obtenido un éxito tal, que hizo una petición especial para que hubiera libros en náhuatl a la disposición de los estudiantes indios que hubieran aprendido a leer.⁴⁷

⁴⁵ *Idem*.

⁴⁶ Ricard señala que "aun cuando al parecer todos los colegiales sabían el español, ese lenguaje no estaba en el currículo", p. 224. No parece haber pruebas de que la ausencia del español en el currículo fuera todo lo deliberada que sugiere la frase de Ricard. Las relaciones de los franciscanos demuestran que el español estaba incorporado a algunos de sus programas y cuando en 1504 Fray Alonso visitó Tlatelolco, los estudiantes del colegio pronunciaron discursos en latín y en castellano. Mendieta, p. 411; *Códice franciscano*, p. 63 y apéndice II, p. 256.

⁴⁷ García Icazbalceta, *La instrucción pública en la ciudad de México durante el siglo XVI* (México 1893), p. 13.

Los notables resultados logrados por los estudiantes, tal y como lo manifiestan Sahagún y otros historiadores coloniales, eran prueba de la excelencia de los métodos de enseñanza aplicados por los frailes en los colegios. Sahagún informaba que estudiando dos o tres años con los frailes, "los indios vinieron a entender todas las materias del arte de la gramática, y hablar latín, entendiendo y escribiendo y aún hacer versos heróicos".⁴⁸ Según Motolinía, componían oraciones largas y bien respetadas, así como versos escritos en hexámetro y pentámetro. Los estudiantes indios no carecían de orgullo por sus logros, cosa que Motolinía aprueba en sus relatos.

Una muy buena cosa aconteció a un clérigo recién venido de Castilla, que no podía creer que los indios sabían la doctrina cristiana, ni Pater Noster, ni Credo bien dicho; y como otros españoles le dijese que sí, él todavía incrédulo, a esta sazón habían salido los estudiantes del colegio, y el clérigo pensando que eran de los otros indios, preguntó a uno si sabe el Pater Noster y dijo que sí, e hízoselo decir, y después hízole decir el Credo, díjole bien; y el clérigo acusóle una palabra que el indio bien decía, y como el indio se afirmase en que decía bien, y el clérigo que no, tuvo el estudiante necesidad de probar cómo decía bien, y preguntóle hablando en latín: *Reverende Pater, cujus casus est?* Entonces como el clérigo no supiese gramática, quedó confuso y atajado.⁴⁹

Semejante confianza, que fácilmente podría interpretarse como falta de respeto hacia las autoridades españolas, provocó fuertes objeciones contra los colegios, en especial el de Santa Cruz de Tlatelolco.

Miembros de la orden dominicana objetaban contra la enseñanza del latín a los indios, y admitían que "el latín de los indios sirve de que conozcan en el decir las misas y oficios divinos cuáles sacerdotes son idiotas..."⁵⁰ Además, los indios podían difundir herejías, y lo harían sin duda, ya que habían sido civilizados e introducidos

en el cristianismo tan recientemente. Algunos críticos ruidosos de la escuela y la política de enseñar el latín a los indios se preguntaban si los indios estaban siquiera civilizados ahora que hablaban un latín "tan elegante... como Tulio".⁵¹ Jerónimo López, consejero del virrey, informaba al Rey en 1545 que los indios que habían sido instruidos en latín se negaban a mostrarse sumisos.⁵² Hablando en nombre de los franciscanos, que nunca dejaron de respaldar los principios de la escuela, uno de ellos derribó la objeción diciendo que era un desatino y recordó a los críticos de las escuelas que esa característica no quedaba reservada a los estudiantes indios del Nuevo Mundo.

Y esto no sería maravilla que fuesen éstos más traviesos que los que se crían rústicamente en sus aldeas, que lo mismo vemos entre españoles y otras naciones, que ordinariamente más traviesos son los estudiantes que salen a las escuelas de Salamanca y Alcalá, que los que quedan en casa de sus padres; pero juntamente con esto saben más y entienden más, y así son de mayor provecho para toda la república.⁵³

El escritor franciscano alegaba más adelante que algunos indios no sólo habían aprendido latín, sino el castellano, la cortesía, el aseo y todos los buenos hábitos y costumbres que se pueden exigir "en cristianos viejos muy concertados".⁵⁴

Pero la Corona se encontraba tan influenciada por las quejas en voz alta de los opositores a la escuela, que progresivamente fue retirando su apoyo. En 1595 el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco era una escuela primaria que caía en ruinas.⁵⁵ La objeción decisiva contra la institución era su insistencia en enseñar latín a los indios. Según la tradición académica que los primeros colonizadores llevaron a la Nueva España, el latín quedaba reservado a los notables:

⁴⁸ Zepeda Rincón, p. 36, citando "Carta al Emperador".

⁴⁹ Cuevas, *Historia*, II, 252.

⁵⁰ *Código franciscano*, p. 63.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 63-64.

⁵² Mendieta, p. 418.

⁴⁸ Sahagún, III, 33.

⁴⁹ Motolinía, *Historia*, I, 211.

⁵⁰ *Código franciscano*, p. 63; Cuevas, *Historia*, I, 389-90.

eruditos, sacerdotes y monjes. Los españoles seglares y los miembros de la orden dominicana que se oponían al colegio de Tlatelolco, parecían no tener nada en contra de la educación impartida a los indios, mientras se les enseñara a hablar, leer y escribir en sus propios lenguajes. El obispo Vasco de Quiroga fundó el Colegio de San Nicolás Obispo en 1540, donde se impartieron las enseñanzas a los estudiantes en sus lenguas vernáculas —“el único puente por el que se podía llegar al cerebro y al corazón de los indios”.⁵⁶ Los jesuitas, llamados en 1572 a la Nueva España para que proporcionaran una base firme en latín y retórica a los hijos de españoles, fundaron en 1586 el modesto colegio de San Gregorio para indios, pero al parecer enseñaron latín a un número tan corto de éstos que nadie se tomó la molestia de protestar.⁵⁷

Además, los jesuitas consideraban que era más necesario para ellos aprender las lenguas indias que para los indios aprender latín. Después de unos cuantos años en que se edificaron escuelas para la educación de los hijos de españoles en el Nuevo Mundo, los jesuitas encontraron otra tarea para algunos de los más esforzados miembros de su compañía. Los indios de la zona norte llevaban una vida más nómada que sus hermanos del sur, y como conocían la crueldad de los soldados y colonizadores españoles estaban acertando más y mejor a eludir a los conquistadores. Por lo tanto, la Corona confió el cuidado y control de los indios esquivos a los misioneros. Los franciscanos habían pasado a Nueva Vizcaya y los jesuitas los siguieron en 1591.⁵⁸ En aquellas lejanas fronteras con las cuales los aztecas habían tenido poco contacto, si alguno, resultaba en verdad difícil difundir el náhuatl. Los franciscanos estaban decididos a difundir el

⁵⁶ “Fragmentos”, citado por Rómulo Velasco Ceballos, recopilador, *La Alfabetización en la Nueva España: Leyes, Cédulas Reales, Ordenanzas, Bandos, Pastoral y otros Documentos* (México, 1945), p. xxxi.

⁵⁷ Gerard Decorme, *La Obra de los Jesuitas Mexicanos durante la época colonial 1572-1767* (2 tomos; México, 1941), I, 148-49. Jerome Vicent Jacobsen, *Educational Foundations of the Jesuits in 16th Century New Spain* (Berkeley, 1938), p. 117.

⁵⁸ Peter Masten Dunne, *Pioneer Jesuits in Northern Mexico* (Berkeley, 1944), pp. 10, 18-19; Herbert E. Bolton, *The Spanish Borderlands* (“Chronicles of America”; New Haven, 1921), pp. 189-91.

idioma mexicano, pero los jesuitas, que carecían de aquellos largos años de afincamiento firme en el náhuatl, que determinaron los hábitos de los franciscanos, no tenían las mismas intenciones. Para un hermano jesuita resultaba mucho más fácil estudiar el idioma indio que predominara en su misión particular. El plan de los jesuitas consistía en establecer misiones, cada una de las cuales habría de convertirse en núcleo de una colonia cristiana y centro de civilización.⁵⁹ Su propósito no era exclusivamente la cristianización; también comprendía civilización. Para preparar a los indios con vistas a los deberes peculiares de la vida en comunidad, los jesuitas aprendieron los idiomas indios, enseñaron las técnicas de la carpintería, el hilado y el tejido, la construcción de canales de regadío, y la plantación y recolección de cosechas nuevas tales como el trigo. Los funcionarios indígenas participaron en la supervisión de las comunidades establecidas. En las escuelas elementales para niños, los jesuitas enseñaban la lectura, la escritura, el español y la administración pública; progresivamente, el español y el lenguaje vernáculo de la comunidad se emplearon en asuntos cotidianos. La preparación de los jesuitas en los idiomas indios era responsabilidad de seminarios especiales establecidos en Pátzcuaro, Tepetzotlán, Oaxaca, Puebla y el territorio chichimeca. Aquellos seminarios proporcionaban instrucción a los niños indios, al parecer con el fin práctico de que los muchachos sirvieran como agentes de cambio en cada una de las nuevas misiones de la región norte. Con los muchachos, los jesuitas aprendieron los idiomas indios.⁶⁰

En las regiones fronterizas del norte, la península de Yucatán y las altiplanicies del extremo sur, españoles e indios se opusieron a

⁵⁹ Herbert Eugene Bolton, “The Mission as a Frontier Institution in the Spanish-American Colonies”, *American Historical Review*, XXIII (octubre de 1917), 43. Lo evidente de este plan se desprende de todas las relaciones de la obra de los jesuitas entre los indios del norte de México. Véase en especial: *Pioneer Jesuits* por Dunne, *Rim of Christendom: a Biography of Eusebio Francisco Kino, Pacific Coast Pioneer*, por Eugene Bolton (Nueva York, 1936).

⁶⁰ Actas de la Congregación Provincial, 25 octubre 1603, citado por Decorme, I, 55; Jacobsen, p. 222; Cuevas, *Historia*, II, 349; Antonio Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, IV, 410, citado por Decorme, I, 55.

los esfuerzos de los frailes por establecer escuelas. Lo mismo que en las regiones nortenas, la península y otras partes de la región maya ofrecieron resistencia a la civilización española por medio de la organización social de la vida vernácula de la zona. Ampliamente dispersos en aldeas aisladas, los mayas y sus vecinos de lo que es actualmente el estado de Chiapas lucharon contra los intentos de los españoles por convertirlos y "civilizarlos". Los colonizadores españoles tropezaban con el mismo problema para contratar mano de obra, que los frailes para reunir a los naturales y darles enseñanzas y cristianismo. Los misioneros insistían en que los indios se alojaran en colonias alejadas de sus aldeas natales; los indios resistían contra esa maniobra, lo mismo que los españoles laicos. Estos se oponían amargamente a que los frailes se llevaran a los niños indios fuera de su jurisdicción inmediata y les impidieran trabajar. Fray Diego de Landa, que fue por primera vez a Yucatán en 1549, describía a los dos opositores que se erguían firmemente contra los misioneros como: "Los españoles que eran absolutos señores y querían que se hiciese todo enderezado a su ganancia y tributo" Y... los indios que procuraban estarse en sus idolatrías..."⁶¹

Los españoles no se limitaban a oponerse amargamente a los esfuerzos que llevaban a cabo los frailes para establecer escuelas, sino que también miraban con malos ojos el estudio de las lenguas vernáculas llevado a cabo por los representantes de la Corona en la península de Yucatán. Fray Diego de Landa y otros cuantos misioneros aprendieron la lengua maya, pero la dificultad de la tarea unida a la resistencia activa de indios y españoles a la vez, incitó a la mayoría de los religiosos a aceptar intérpretes. El más notable entre los pocos franciscanos que estudiaron maya fue Luis de Villalpando, que escribió un vocabulario y gramática del idioma maya. Fray Jacobo de Testera, enviado para establecer una escuela en Valladolid, Yucatán, ideó una escritura pictórica para instruir a los nativos, pero no acertó a aprender el idioma maya. Su horror ante las tácticas que aplicaban los españoles para reclutar trabajadores indios, y su repugnancia por la oposición general de los colonos a la presencia de

⁶¹ Fray Diego de Landa, *Relación de las Cosas de Yucatán*, Edit. Porrúa, México, 1959, p. 30.

los misioneros, fueron causa de que Testera abandonara el proyecto.⁶² Casi treinta años después de su llegada a Yucatán, Landa lamentaba que no se dispusiera de suficientes traducciones de las escrituras, de que hubiera demasiado pocos maestros de escuela, y de que los maestros nativos no fueran un sustituto satisfactorio de los frailes entrenados con conocimientos de la lengua vernácula.⁶³

Así pues, a fines del siglo XVI las escuelas primarias bajo la dirección de religiosos regulares eran una característica normal principalmente en las aldeas del centro de México y en las comunidades misioneras de la frontera norte. En aquellas regiones, los misioneros parecían tener un convenio implícito de que la aptitud de conversar y leer y escribir se enseñaría fundamentalmente en idiomas vernáculos. Una vez más la cuestión clave seguía siendo práctica; ¿qué idioma serviría mejor los fines de los misioneros: el español, el latín o un idioma vernáculo? Resolviendo los problemas a medida que se presentaban, los frailes escogieron lo que les pareció ser las soluciones más prácticas. Las primeras consideraciones tenían que ser fundamentalmente numéricas. Todos los indios deberían aprender español, si tal fuera el idioma de la conversión. El número de indios que debieran aprender náhuatl era menor, no cabe duda, y era más fácil para los frailes mismos aprender náhuatl o cualquiera de las lenguas indias que dedicarse a enseñar el español a todos los indios. De ahí que los primeros misioneros descartaran el español. No disponían del personal ni de los materiales necesarios para enseñar español a los indios.⁶⁴ Además, su primera tarea era la conversión,

⁶² *Ibid.*, p. 29.

⁶³ *Ibid.*, pp. 69, 80. Aun cuando Landa mismo predicaba en maya, empleaba a los traductores de la Inquisición. Dos indígenas, Gaspar Antonio Chi y Jorge Xio, sabían el castellano y se ponían de parte de los frailes contra su propia gente; el primero escribió sermones e impartió el conocimiento del maya a otros frailes. *Ibid.*, pp. 44-46, n. 219. La escasez de escuelas en la región y las dificultades con que tropezaban los frailes para aprender el maya, son confirmadas por Francisco Cantón Rosado en la *Historia de la Instrucción pública en Yucatán desde el siglo XVI hasta fines del siglo XIX* (México, 1943), pp. 8-9.

⁶⁴ No había libros disponibles para la enseñanza del español antes de la publicación, en 1569, de la *Cartilla para enseñar a leer*, de Pedro de Gante.

y no podían esperar que un amplio programa de gran alcance se llevara a cabo en todo México para difundir el mensaje del cristianismo. El latín era simplemente un instrumento de cultura que podría ser manejado por los ayudantes indios que leyeran directamente las escrituras y las tradujeran al náhuatl. Pero la resistencia contra la enseñanza del latín a los indios había cortado de cuajo el experimento. Las lenguas indias seguían siendo el medio oficial y práctico de comunicación entre todos los indios.

La necesidad inmediata había sido comunicarse con los indios para convertirlos al cristianismo; el expediente para resolver el problema era el aprendizaje de las lenguas vernáculas. Cuando la Corona puso en sus manos la responsabilidad de la alfabetización, los frailes habían convertido aquella tarea en instrumento para sus fines: la transcripción de las lenguas indias al alfabeto romano. La escasez de libros —en cualquier idioma— había sido uno de los problemas con que los misioneros tropezaron en su camino. Los estudiantes podrían preparar sus materiales una vez que hubieran aprendido a escribir su lenguaje; además, aquellos manuscritos no sólo servían a los estudiantes indios, sino que los misioneros recién llegados podían aprender las lenguas indias practicando la lectura de aquellos textos religiosos.

Una vez que se hubieron superado las primeras etapas de la campaña de conversión en el centro de México, y que se permitió que los frailes tuvieran pequeñas parroquias o se dirigieran hacia las fronteras, los regulares prosiguieron con el uso de idiomas vernáculos, no sólo en beneficio de los indios sino también para el fin práctico de usarlos ellos como miembros de las cerradas aldeas indias. En 1551, la Corona había decretado que los indios fueran con-

Esta fue impresa en latín, castellano y náhuatl, lo mismo que otros libros de lectura después de esa fecha. Pero es importante señalar que los regulares religiosos siguieron también preparando cartillas escritas únicamente en los diversos idiomas indios, indicando que aun después de que hubo libros de lectura en español para enseñar a los indios, los frailes siguieron alfabetizando en los idiomas vernáculos. *Bibliografía mexicana* de García Icazbalceta, p. 57. Esta bibliografía indica que las cartillas exclusivamente impresas en idiomas vernáculos se difundieron durante el siglo XVI. Véase, por ejemplo, *Cartilla y doctrina en Chuchona*, publicada en 1580, asiento 100, p. 310.

gregados en aldeas, y que ningún español que no fuera fraile pudiera permanecer en tales aldeas.⁶⁵ La unidad de un lenguaje común permitía que aquellos religiosos aislados vivieran en armonía con los naturales y excluyeran a todo español intruso que pudiera llegar a las aldeas para una corta temporada. Además, algunos frailes respetaban la identificación de grupo que los indios conservaban al mantener su lengua, que significaba su membresía en un grupo tribal particular.⁶⁶ Como no había razón para alterar las costumbres y fidelidades indias mientras no fueran religiosas, los frailes defendieron con ardor la conservación del lenguaje vernáculo de sus pupilos. Al morir la primera generación de jefes religiosos de la Nueva España, y ser reemplazada por criollos que habían aprendido las lenguas indias desde la infancia, los hijos mexicanos de padres españoles siguieron con las tareas y técnicas de las misiones establecidas en el siglo XVI. El uso de las lenguas indias les resultó tan práctico a los criollos, que aprovecharon sus conocimientos lingüísticos para defender sus posiciones y colocar a los prelados llegados de España en situación desventajosa ante los indios.

El fuerte apoyo que Felipe II otorgó al náhuatl había proporcionado una base oficial para la política del lenguaje en el valle central y las regiones contiguas. Sin embargo, cuando los misioneros avanzaron hacia el norte para pacificar a las tribus nómadas y convertirlas al cristianismo y a la vida sedentaria en la aldea, se hizo necesaria una política general de aprendizaje del idioma particular común a las poblaciones de aquella misión específica. De ahí que el sentido práctico de lo inmediato y los hábitos fincados restablecieran la política inicial que favorecía el empleo de los idiomas indios en general, en vez del náhuatl en particular. Fue así como Felipe III consideró indispensable promulgar de nuevo el decreto que en 1565 había promulgado su padre, respecto a que los misioneros aprendieran el idioma de los indios a su cargo. En 1599 apremió al virrey pa-

⁶⁵ *Recopilación de leyes*, II, 207-12 (Lib. VI, tit. III, leyes 1, 23, 24).

⁶⁶ Dávila Padilla, historiador dominico del siglo XVI, comentaba respecto a la identificación de los mixes con su lenguaje, mientras trataban de conservar su fiereza frente a la abrumadora superioridad numérica de sus enemigos, los zapotecas; p. 548.

ra que se dispusiera de maestros profesionales de idiomas indios que prepararan a los clérigos a ir entre los indios.⁶⁷ En 1603 Felipe III, pensando quizá en el movimiento reciente de los misioneros hacia los linderos del país, ordenó dos veces que ningún regular debería salir en misión a menos que conociera las lenguas indias. Advirtió especialmente que los frailes recién llegados de España deberían aprender el idioma de los indios que estuvieran bajo su responsabilidad, antes de que se les asignara una misión. El decreto insistía vigorosamente en que los jerarcas religiosos ejecutaran dicho mandato.⁶⁸ Deseoso aparentemente de fortalecer la nueva promulgación que hizo en 1618 del decreto de su padre, de que ningún clérigo que ignorara las lenguas indias debería ser autorizado a encargarse de una misión o parroquia, Felipe III promulgó al año siguiente el decreto de que todo clérigo que ignorara el idioma vernáculo de sus feligreses sería retirado de su puesto.⁶⁹ Uno de los últimos decretos oficiales que fortalecía los idiomas indios se publicó en 1627, cuando Felipe IV recordó a la Universidad de la Ciudad de México que debería haber cursos de los idiomas vernáculos más sobresalientes empleados en las provincias.⁷⁰ Aquel planeamiento oficial e institucional de la política, de que los clérigos habrían de conocer el idioma vernáculo de los indios a su cargo, ayudó a establecer con bastante firmeza un rumbo que la Corona habría de invertir más adelante.

Durante el siglo XVI y bien adentrado el XVII, los jerarcas religiosos habían consumado el uso de los idiomas indios. No tenían la intención de ayudar a la Corona a llevar a cabo su propósito definitivo: establecer el castellano como idioma general entre los súbditos indígenas de la Nueva España. En 1599, cuando Felipe III hubo recordado al virrey el deseo final de la Corona de que los indios aprendieran el castellano, el virrey había respondido: "Me ha-

⁶⁷ Esto lo demuestra una carta del Virrey, conde de Monterrey, a Felipe III, escrita el 11 de junio de 1599, en la cual el virrey respondía a la preocupación expresada anteriormente por el monarca respecto a la situación lingüística de la Nueva España; Cuevas, *Documentos*, pp. 473-4.

⁶⁸ *Recopilación de leyes*, I, 132 (Lib. I, tít. XV, leyes 5, 8).

⁶⁹ *Ibid.*, I, 132 (Lib. I, tít. XV, ley 6); I, 95-96 (Lib. I, tít. XIII, ley 4).

⁷⁰ *Ibid.*, I, 204-5 (Lib. I, tít. XXII, ley 49).

blo obligado a decir que no sólo es dificultad sino casi imposibilidad".⁷¹ Durante todo un siglo, la divergencia entre la suposición de largo alcance, de parte de la Corona, que el castellano sería el lenguaje definitivo del imperio, y su deseo de promover un programa de rápida conversión para los indios, redujo el ritmo según el cual pudiera avanzar una política lingüística determinada. La Corona había proclamado alternativamente el español como idioma del imperio y promovido los idiomas vernáculos como instrumento de conversión. No podía negar la Corona que los indios pudieran tal vez aprender mejor el cristianismo en sus propias lenguas; pero los poderes reales consideraban también como necesario que los nuevos súbditos españoles aprendieran castellano para que la Corona pudiera controlarlos más directamente. Pero las necesidades prácticas inmediatas que surgían en el Nuevo Mundo habían descartado cualesquiera consideraciones de largo alcance por parte de la Corona, y los idiomas vernáculos seguían siendo el principal canal de comunicación entre indios y españoles.

⁷¹ Cuevas, *Documentos*, p. 473.